

De la semana

(Editorial del 4 de enero de 1908)

Son muchos los que tienen preocupación, para mi concepto bien fundada; son muchos repito, los que miran con prevención el asistir á espectáculos muy nutridos de gente. Suele ocurrir que las personas de más sangre fría, de temperamento más quieto, y más flemático, aprecian esto, de temores pueriles y ordinariamente suelen juzgar como víctimas de estas preocupaciones á los pusilánimes. Es lo cierto, que á muchos individuos, les preocupa concurrir á espectáculos, asistir á reuniones en donde se congregan muchedumbres y presenciar con tranquilidad como la generalidad, lo que en estos concursos suelen ser expansión, recreo, divertimento y una inequívoca prueba de cultura y de amor al arte, al progreso.



Montaje tomado de Historia de Anna
José Izquierdo

Cuando leo en la prensa que las autoridades de los grandes centros y ciudades populosas, toman medidas y dictan disposiciones para que los arquitectos estudien, planeen y garanticen con medidas de seguridad el libre acceso del público en los locales cerrados, prodigo siempre mis aplausos y me alegro y celebro tan benéficas y humanitarias disposiciones; pues todo es poco en previsión de los conflictos, en previsión de las catástrofes que siembran de luto la sociedad en que fatalmente nos vemos envueltos á cada paso.

Yo recuerdo que en mi juventud tuve de compañero á un estudiante que era muy previsor. Tenía manía de colocarse en los sitios hondos de los teatros, de los circos, de las plazas, y cuando no encontraba localidades que dieran á los pasillos y puertas, ó estaba muy intranquilo, ó dejaba de ir á los espectáculos. Era una exageración, lo comprendo, todos no podían estar en los sitios de fácil salida, pero no hay duda que espectador de este fuste, llevaba ventaja á los demás en los peligros que desgraciadamente surgen, porque donde, como, ¿de qué manera, sale aquella masa convertida por el pánico á la voz de fuego ó del peligro, en fiero elemento que patea, estruja, mata, deshace lo que encuentra á su paso? De ningún modo; antes y ahora y siempre, la irrupción del instinto brutal, irreflexivo é irremediable, estalla como brava tormenta que arrasa y destruye en su vertiginosa carrera, todo lo que coje, todo lo que tropieza.

Todos estos comentarios, todas estas fatídicas reflexiones, las surgiere la catástrofe ocurrida el miércoles en el teatro de Anna. Allí, en aquel pintoresco paraje, entre los copudos y seculares álamos y la música continua de la cascada abundante y espléndida que entra hacia el rio, allí en horas de distracción y regocijo se dio la voz de ¡fuego!! Y súbitamente quedó convertido aquel recinto, de recreo, en horrible y espantosa tragedia que arrollándolo todo, hizo víctimas á cuatro ó cinco niños arrebatándolos de los brazos del padre, de la madre ó del hermano sin que pudieran estos evitarlo.

Terrible es la muerte de un hijo siempre; pero es más dolorosa en una ocasión así, porque es aberración horrible encontrarla en la diversión y en el placer. Tener un hijo enfermo, llenarlo de cuidados y venir la muerte por él y llevárselo, es un consuelo amargo que nos dá la vida en sus inescrutables designios; pero tener un niño en brazos viendo como con su inocente y pura sonrisa mira deslizarse la cinta ó película del cinematógrafo y arrebatarlo súbita e inopinada lucha, debe ser tremenda pena. Hay detalles en este desgraciado suceso, que horripilan; parece que el infortunio se cebó dirigiendo sus garras á reducidas personas; las dos víctimas que se cuentan, los dos que murieron en el acto, pertenecen á la misma casa y eran hermanos. ¡Pobres criaturas! ¡pobres padres!

*

Si como los pequeños en su codicia de dulces y juguetes piden insaciables á los Reyes Magos, pudiéramos pedir también los grandes, ¿qué les pediríamos en la nuestra? Si cada cual tuviera que hacerlo por las necesidades de su oficio y de la vida, sería terrible; aparte de que por lo inocente, el fabricante pidiera que no le devolvieran letras, los agricultores que lloviera para que se regaran sus campos, dos cosas muy prácticas y de gran provecho, tendríamos al abogado que pediría más pleitos, el médico más enfermos, el boticario más recetas, el clero más entierros y el enterrador más muertos y de este modo figúrense los lectores á donde iríamos á parar con ese aumento, yo por mi parte renuncio á él y creo que los demás también, prefiriendo á todo el orden lógico y natural y equitativo de la vida.

GUMERSINDO GUERRERO

De El Enguerino. Año II nº 20

Entre las Gacetillas de este mismo número puede leerse:

En el Círculo de la Unión de esta villa y para el corriente año, ha sido elegida la siguiente Junta Directiva.

Presidente, D. S. Jaime Martínez Aparicio; Vice, D. Juan Aparicio Micó; Secretario, D. Miguel Aparicio; Vice, D. José Pérez Mari; Tesorero, D. Manuel Barberán Martínez; Vice, D. Jaime Guillém Barberán; Vocales, D. Ramón Sarrión Juan y D. Vicente Marín Gómez.

Tras las Gacetillas de este mismo número pueden leerse:

ANNA

Incendio en el teatro

Tristes son los sucesos ocurridos el miércoles por la noche en el teatro del vecino pueblo de Anna.

Se estaban dando sesiones de cinematógrafo, y cuando el local más lleno se hallaba y el auditorio más distraído, admirando el hermoso repertorio de cintas que presentó el Sr. Baldoví y C.ª, una chispa de fuego vino á prender la tela que cubría la máquina cinematográfica. Apercibido el maquinista de ello, quiso apagarla. Pero llegó tarde, el fuego se prendió a las películas y una llama voraz alumbró el local; el maquinista con valor heroico aisló el aparato pero no pudo evitar las quemaduras que sufrió en la cara, ojos, cuello y mano derecha. Ciego entonces saltó del aparato echándose al patio desde el segundo piso que estaba instalada la máquina.

Un grito espantoso salió de cuantas personas allí se encontraban quienes al querer huir del supuesto peligro se amontonaron formando una masa de carne humana. Gritos, ayer de dolor y lastimeros quejidos, sembraron el pánico del vecindario, quienes al saber lo ocurrido, se levantaron de sus lechos medio desnudos buscando sus familias, padres, hijos y hermanos.

Por exceso de material, dejamos de ocuparnos más extensamente de esta catástrofe, pero sí haremos constar, que despues de despejado el local quedaron en él, inertes y ya cadáveres, dos niños de tres años y cuatro meses respectivamente hijos del honrado vecino de Anna Fernando Gayanes. También hubo infinidad de heridos y contusos entre los que se encontraba en grave estado la hermosa joven Carmen Cuenca Valls, que falleció á la mañana siguiente.

Unimos el nuestro, al sentimiento que hoy tiene el vecindario de Anna, especialmente á las desconsoladas familias de los malogrados Carmen, é hijos del Gayanes.

D. E. P.

* * *

Entre los heridos de la catástrofe del teatro de Anna se encuentra una niña de nuestro querido amigo don Vicente Juan Granero, que con su familia presenciaba el espectáculo en aquella desgraciada noche. El Sr. Granero, con laudable y meritoria serenidad, hizo grandes esfuerzos para llevar alguna calma al ánimo de aquellas pobres gentes que en espantosa huida produjéronse unos y otros tan sensibles desgracias; no pudo conseguirlo nuestro buen amigo en aquella terrible confusión; afónico ya, tuvo que limitarse á ir recogiendo del suelo á su familia que yacía en confundido montón y de allí recogió á la pequeña niña herida. Inútil es decir lo que sentimos tan triste accidente y deseamos de todas veras ver restablecida por completo pronto á la hija de nuestro querido amigo.